

de la crisis). Luego, 2) una lectura sociológica de la literatura que integra diversas tradiciones y dialoga con otras posturas teóricas surgidas en la disidencia.

El primer momento está inserto en una oposición más abarcante: dentro (del país) / fuera (del país).

Desde dentro (por ejemplo, desde el *discurso de la crisis*, que operaba libremente hasta 1980), se observa con escepticismo el espíritu utópico (marcado por el voluntarismo y la nostalgia) de los que regresan. Además, se rechazan cortésmente ciertas visiones sociológicas —por ejemplo, Lukàcs— por considerárselas regresivas y poco adecuadas para el estudio de la literatura que surge bajo censura. También, causa sorpresa la resistencia que tienen «los recién llegados» a la semiótica y no se acepta subordinar la literatura y la crítica a una causa social.

Desde fuera (desde el *discurso sociológico*, heredado de la generación joven de estudiosos de los años 60-73), también logra minarse el defendido espacio de la *intelligentia* (del reino interior), cuando se señala el corte exagerado que se ha hecho con las tradiciones (políticas) de la cultura chilena y de los estudios literarios. Esto había implicado una restricción del canon literario: el *discurso de la crisis* desestimó el testimonio, la producción textual ligada a la práctica política y el estudio de las esferas de circulación y consumo de la literatura. También se señala, con lucidez, la necesidad de *control* de un *pensamiento textualista*, para que no signifique la disgregación o el imbunchamiento de la intelectualidad chilena en la dictadura.

El segundo momento aparece dictado por un *principio de realidad*: como *textualistas* como *positivistas* se sienten igualmente excluidos y aparecen marcados como *humanoides*. Esta patética marginalidad social impuso un diálogo (no exento de malos entendidos) que implicó en la práctica el surgimiento de un nuevo espacio crítico (ahora, compartido), más dialógico y menos prejuicioso —atravesado por diversas corrientes del pensamiento moderno, aun cuando su nivel teórico sea pobre. De un modo paulatino, Ceneca se abre a esta diversidad crítica, convirtiéndose en uno de los referentes centrales de la disidencia. Los aportes socioculturales de Ceneca (de personas, actitudes y grupos ligados a esta institución) pueden resumirse así:

1) una valoración —que, por cierto, podría ser más crítica y actualizada— de los postulados culturales progresistas de nuestra inmediata tradición;

2) una comunicación *real* entre el extranjero (chilenos que viven fuera) y el país; y

3) una proyección del quehacer artístico y cultural en el ámbito iberoamericano (co-dirigió *Chile Vive*, actividad realizada en 1987 en España, auspiciada por el gobierno español y celebrada por la comunidad mundial).

Los documentos de Ceneca estudian el material literario producido en Chile y en el extranjero durante los años de dictadura. Manuel Jofré y Naim Nómez escriben sobre el *exilio*; Jorge Narváez sobre el género *testimonio*; Soledad Bianchi, Carlos Coaña y Raúl Zurita sobre la *poesía*, Manuel Jofré y Rodrigo Cánovas sobre la *novela*, y Bernardo Subercaseaux acerca de *literatura y mercado* y sobre la *crítica literaria*. En general, existe un enfoque sociológico amplio, con variantes individuales muy sig-

⁶ Debemos aclarar que la creación (y crítica) de una literatura al servicio de una causa también ocurrió en Chile en los años 75-80. Fue realizada especialmente por los jóvenes universitarios —a través de la Unión de Escritores Jóvenes, UEJ, y de la Agrupación Cultural Universitaria, ACU— y, marginalmente, por los partidos políticos de izquierda en la clandestinidad, a través de talleres de cultura, que funcionaban con apoyo de la Iglesia (en las poblaciones marginales) y de diversas instituciones y grupos (en lugares céntricos de las ciudades). Durante los años 80, los talleres de cultura se convirtieron en talleres de literatura propiamente tales, realizados particularmente por jóvenes escritores. La producción textual de la juventud disidente fue escasa o está muy dispersa. Se editaron muchas revistas, que tuvieron corta duración. Recordamos aquí *La Ciruela* (años 79-80) y *La Castaña* (años 85-86, donde escribían Jorge Montealegre, Pía Barros y Eduardo Llanos).

nificativas (los textos de Cánovas, Cociña y Zurita aparecen más bien adscritos al discurso de la crisis).

El trabajo de Bernardo Subercaseaux sobre la crítica chilena (1960-1983), el único que conocemos sobre el tema, es de gran interés y nos ha servido de referencia para redactar estas notas. Considero que aquella visión y ésta (que el lector tiene en sus manos) se complementan, en la medida que son los registros emocionales de dos generaciones (una, que estudió en los años 60, y la otra, que lo hizo en los 70), redactados en dos tiempos distintos (el trabajo de Subercaseaux es de 1983 y éste, de 1990).

De la generación estudiantil de los años 60 (que alcanzó a practicar la docencia universitaria) destaco dos nombres: Bernardo Subercaseaux y Federico Schopf. También, ligado a esa generación, la revista de poesía y crítica *El espíritu del valle* (1986-89), dirigida por el poeta Gonzalo Millán.

Subercaseaux ha realizado trabajos sobre la cultura chilena en el siglo XIX, desde paradigmas provenientes de la disciplina de la historia de las ideas (*Lastarria*, de 1981 y *Fin de Siglo*, de 1988). A nivel subjetivo, se ensaya aquí un diálogo entre nuestro presente histórico (años de dictadura) y nuestro pasado (las vicisitudes del pensamiento liberal).

Schopf ha escrito sobre las vanguardias poéticas hispanoamericanas, desde nociones provenientes de la Escuela de Frankfurt —Walter Benjamin, Theodor Adorno— y de la Teoría del Texto. Su obra más reciente se llama *Del vanguardismo a la anti-poesía*, de 1986. Schopf es, a mi entender, uno de los críticos que con mayor eficacia y creatividad ha integrado las enseñanzas de la estética, la semiótica y la sociología del Arte en su escritura.

4. El extranjero

En el exilio se realiza una gran actividad cultural; sin embargo, en Chile no hay durante el periodo una gran información sobre ella. *Araucaria* es la revista del exilio más conocida y circula en la red de intelectuales de izquierda. Su sección «Reseñas» comenta la producción literaria chilena producida tanto en el extranjero como en el país. *Literatura chilena*, dirigida en USA por David Valjalo, es una revista de gran calidad literaria y cultural. Escriben allí Fernando Alegría, Jaime Concha, Ariel Dorfman, Juan Armando Epple, y también Raúl Barrientos, Javier Campos, Oscar Hann y Jaime Valdivieso, y muchos otros intelectuales chilenos, casi todos vinculados a la academia norteamericana⁷.

Otras revistas —como *Lar*— surgirán en el extranjero y luego, por cambio de domicilio de su creador y director (la vuelta a Chile del poeta Omar Lara, exiliado político), tendrán su sede en el país⁸.

La actividad crítica más sistemática sobre literatura e ideología ha sido realizada por el ensayista Hernán Vidal, profesor de la Universidad de Minnessota y allí, director

⁷ Entre 1977 y 1980, la revista se llamó *Literatura chilena en el exilio*. Desde 1981, *Literatura chilena* (creación y crítica). Desde 1988, la revista, ahora con sede en Madrid, edita monografías.

⁸ LAR también edita libros. Está su Colección *Memoria y Testimonio* (dirigida por Juan Armando Epple), que publicó el *Diario de Luis Oyarzún*, en una edición preparada por Leonidas Morales. También en LAR, una antología de artículos críticos sobre la poesía chilena actual, preparada por Ricardo Yamal.

de la revista *Ideologies and Literature*. Ha realizado una gestión insustituible en el ámbito editorial, al promover compromisos exitosos de coedición entre su universidad y diversas instituciones chilenas (Flacso, Ceneca), lo cual ha permitido la publicación de obras de gran trascendencia cultural (por ejemplo, los trabajos críticos y las antologías sobre el teatro chileno actual). Como ensayista, ha indagado sobre los supuestos inconscientes de las acciones y discursos de la comunidad chilena y latinoamericana. Ha escrito sobre la Agrupación de detenidos-desaparecidos, el Movimiento contra la tortura Sebastián Acevedo, la realidad cultural de las poblaciones marginales, y sobre teatro, literatura y teoría. Como crítico de la literatura, privilegia una visión antropológica de la actividad artística: «Asumir la crítica literaria como proceso activo de construcción social obliga a premunirse de una problemática cultural anterior y previa a lo literario, que permite leer para canonizar de acuerdo a criterios coherentes con respecto a las necesidades sociales» (*Poética de la población marginal*, I, 9).

Existe en Vidal una genuina preocupación por la cultura popular. Sus trabajos son creativos y sistemáticos; pero también son polémicos; por ejemplo, consideramos que su lectura está muy influida por la *teoría del reflejo* (la literatura como reflejo de las relaciones sociales), demasiado hegemónica para los tiempos que vivimos.

De los chilenos en USA que mantienen una recepción atenta a la producción literaria nacional y un vínculo vivencial con Chile (viajes periódicos, contactos literarios), debo mencionar, entre muchos otros, a Cedomil Goic, José Promis, Pedro Lastra y Oscar Hahn —que han tenido a su cargo la sección de literatura chilena de *Handbook of Latin American Studies*⁹—.

Por último, de los chilenos que emigraron en los años 60 a USA, mencionaremos a Jaime Giordano, quien dirige una Colección de Estudios (Ediciones del Maitén) con sede en Nueva York y en Concepción de Chile, que publica textos de crítica (trabajos de Marcelo Coddou, Enrique Giordano y otros) y literatura —Humberto Díaz Casanueva, Ramón Riquelme, Raúl Barrientos, Jaime Giordano y otras figuras.

5. El periodismo

En nuestros comentarios hemos dejado de lado la crítica periodística, la página literaria de los diarios y revistas (además de los espacios televisivos). El periodismo literario es importante en la historia nacional. En realidad, lo nuevo es el discurso crítico (de carácter lingüístico o político) surgido desde la Universidad en los años 60 y ejercido por desplazamiento en diarios y revistas. Y lo antiguo es la columna de Omar Emeth, de Alone y, desde 1966, de Ignacio Valente (seudónimo del sacerdote José Miguel Ibáñez Langlois, del Opus Dei), que han escrito en el diario de la derecha chilena, *El Mercurio*, y han contribuido activamente a generar una imagen pública de obras y autores.

⁹ Quien también está viniendo últimamente y, de paso, escribiendo sobre la producción literaria actual (realizada dentro y fuera de Chile) es Marcelo Coddou, que enseña en USA. Véase sus Veinte estudios sobre la literatura chilena del siglo veinte (1989).

También, Grinor Rojo, que publicó recientemente en una editorial chilena (Pehuén) una serie de ensayos sobre literatura chilena e hispanoamericana, *Crítica del exilio* (1989).

No hay estudios sistemáticos sobre la crítica literaria ejercida en el periodismo: cuál es su formato textual, qué función social cumple, cómo circula su mensaje en el ámbito nacional; en fin, poco se inquiera sobre la producción, distribución y consumo de este discurso.

En este artículo, hemos privilegiado la crítica literaria que es distribuida y consumida en el círculo estricto de los artistas jóvenes e intelectuales, que transitan por los campus universitarios y los institutos binacionales, que escriben en revistas especializadas y leen todo el material circulante sobre literatura, cultura y política.

Durante la dictadura, este círculo tuvo acceso al periodismo, pero no logró validar su mensaje ante la opinión pública. ¿Por qué? Hay una razón visible, de orden político. Este grupo es mayoritariamente disidente y los medios de comunicación disidentes son escasos, operan bajo fuerte censura (legal) y autocensura (ideológica) y viven en constantes crisis económicas, lo cual genera inestabilidad laboral y continuos cambios de formato (líneas editoriales).

Hay también razones invisibles, de carácter histórico y cotidiano. El periodismo siempre se ha validado por la información política y deportiva; en estricto rigor, no hay una página dedicada a la cultura, sino más bien una serie de materiales culturales, confundidos con otros adscritos al mero entretenimiento. Esta situación se agravó durante la dictadura, por cuanto los objetos culturales fueron concebidos sólo como objetos *mercantiles*, transables en el mercado sólo según pautas de ventas (de rendimiento monetario) como si fueran bienes suntuarios (y no bienes de primera necesidad).

En los medios de comunicación disidentes, la cultura tiende a ser una continuación de la página política. Se exige un comentario que conecte directamente cualquier material artístico (sea contingente o no) con la realidad nacional. Generalmente, el columnista literario es aquí un ente marginal en el diario o revista; como no se le asegura mayor continuidad (en su columna, en los pagos, en el trabajo), su artículo es realizado en tono menor. Hay, por supuesto, excepciones en esta disidencia. Destacamos la sección «Cultura» del semanario *Hoy* (dirigida por Guillermo Blanco), y la concepción misma de la revista *Apsi* (dirigida por Sergio Marras), que otorga cierta independencia al ámbito literario y artístico, e informa sobre géneros marginales (la fotografía, el comic, la creación de los artistas jóvenes).

En el ámbito de las figuras individuales, los comentarios de Alfonso Calderón y Jorge Edwards, cronistas eximios (y también de Hugo Montes y de Jaime Quezada), han tenido cierta trascendencia cultural. Sin embargo, quien dominó la escena pública y periodística durante la dictadura fue la figura de Ignacio Valente. Veamos por qué. Escribe todos los domingos —y desde mucho antes del golpe militar— en *El Mercurio*, imperio comunicacional que no sufría amenaza alguna; todo lo contrario, concertaba la amenaza contra todo discurso social que resistiera al proyecto de la dictadura. Valente se convierte en el único crítico que goza de un espacio propio y seguro, donde puede proyectarse en el tiempo ante una audiencia previsible. Siendo la única vitrina estable de la crítica periodística, todos los escritores le solicitan que comente sus